



GIOTTO Y LA ALUSION DE LA «COMEDIA» A LA CIUDAD ANTIGUA

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

Obrador en la casa de Ricco de Lappo. Ventana abierta al oro matinal de mayo. Vienen Angiolotto y su yerno de mirar desde el adarve de la muralla las columnas con bosques de cipreses y un templo cuyos mosaicos relucen con toques bizantinos de oro. Han contado, una a una, las torres que se duplican en la corriente del Arno. Se han detenido en una tienda junto a los parapetos del puente y después en un jardín para ver cómo reverdecen olmos de cien años. Le basta a Angiolotto sorber el aire de esta mañana para olvidarse de que es viejo y ha testado tres veces. Se fué Cimabúe y él se irá

muy pronto al otro lado de la vida. Muda, en el tiempo, sus pintores la ciudad, como ha mudado sus leyes, sus monedas, o sus oficios. Pero lo olvida en sus paseos el pintor mientras mira el orden luminoso de las piedras o recibe el saludo de la toscana gente: el banderizo, el curial, el caballero, el mercader o el fraile.

Ya en el estudio se sienta con su yerno ante una mesa en la que hay dos cuencos de leche y un pan que el maestro besa y parte. Dialogan sosegadamente Angiolotto de Bordone, conocido por Giotto, y Ricco.